

Seminario Internacional Itinerante

"Diálogos, desafíos y abordajes de la Memoria Histórica en Colombia"

Ponencia:

"Reconstruir memoria de procesos organizativos populares"

Alfonso Torres Carrillo¹
Universidad Pedagógica Nacional

Resumen

En la re-construcción democrática de Colombia es importante recuperar la riqueza de los sentidos presentes en las experiencias de construcción de tejido social y asociativo por parte de los sujetos subalternizados. A partir de una experiencia de más de dos décadas de desarrollar y apoyar procesos de re-construcción colectiva de la memoria, la ponencia presenta los presupuestos conceptuales y metodológicos de dicha propuesta, así como los aprendizajes adquiridos en dichas investigaciones en perspectiva del campo de discusión del evento.

Presentación

En la última década se ha vivido en Colombia una verdadera "explosión" de iniciativas de trabajo sobre la memoria, generalmente asociada a la reivindicación de la experiencia de las víctimas de la violencia reciente, en contextos de organizaciones y proyectos para reivindicar sus derechos o respaldar procesos institucionales de justicia y reconciliación. Dichos trabajos memoriosos, han generado una amplia de materiales testimoniales, educativos, impresos y audiovisuales, cuyos usos y efectos están todavía por evaluar.

En nuestro caso, desde hace más de dos décadas, primero desde una organización no-gubernamental de educación popular (Asociación Dimensión Educativa) y luego desde la

¹ Profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional. Magister en Historia, Universidad Nacional de Colombia; Doctor en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México

Universidad Pedagógica Nacional (Maestría en Educación Comunitaria y Departamento de Ciencias Sociales), hemos reivindicado la necesidad de re-construir colectivamente la memoria de experiencias significativas y representativas de organización y lucha popular, en particular en contextos urbano populares.

Esta práctica investigativa sobre la memoria popular ha buscado comprender y reconocer la potencialidad de las diferentes formas de resistencia, lucha y acción social colectiva frente a los contextos de injusticia y de dominación predominantes en nuestro continente; buscamos generar relatos y análisis que permitan reconocer y aprender de dichas historias compartidas, en la construcción de alternativas al orden social que se quiere superar.

Consideramos que la elaboración de visiones de futuro sobre “otros mundos posibles”, de utopías viables para construir la paz, debe nutrirse de la recuperación crítica de las experiencias históricas que se han definido como alternativas, así no siempre hayan sido exitosas. Así mismo, asumimos estos ejercicios memoriosos como una experiencia formativa y de afirmación de identidades colectivas; es educativa en la medida en que quienes participan en los procesos, se apropian de un enfoque metodológico y adquieren herramientas conceptuales y metodológicas para realizar investigaciones. Afirmar sentido de pertenencia en la medida en que las memorias e historias que surgen de estas iniciativas se convierten en un espejo en el que pueden reconocerse los diferentes actores colectivos.

Estos han sido unos de los propósitos de la recuperación colectiva de la memoria de organizaciones populares que venimos realizando desde hace más de dos décadas junto con otros investigadores, educadores y organizaciones populares, primero desde Dimensión Educativa y recientemente desde la Línea de Investigación *Memoria, identidad y sujetos sociales* en la Universidad Pedagógica Nacional. El presente artículo hace una presentación de sus presupuestos conceptuales y particularidades metodológicas, así como de algunos aprendizajes en torno a las experiencias asociativas populares y la construcción de lo alternativo.

Del fin de la historia a las historias con fines

En contra de lo que hace quince años pregonaron algunos corifeos del capitalismo salvaje después del derrumbe soviético, la historia no ha llegado a su fin: ni como devenir, ni como conocimiento, ni como memoria colectiva. En cuanto a lo primero, el anunciado fin de la dinámica histórica mundial entendida como el triunfo definitivo de una economía de mercado, no puede verse más que como una ideología; no sólo porque continúen existiendo otras formas de organización sociopolítica, sino porque en el seno de las tensiones generadas por la propia lógica capitalista a escala mundial, continúan emergiendo resistencias, experiencias organizativas y de lucha social, así como proyectos alternativos, que imprimen dinamismos y rumbos inéditos al devenir histórico contemporáneo.

En cuanto a la historia como conocimiento, pese al anuncio de su muerte por parte de algunos autores postmodernos, ésta continúa desarrollándose como campo intelectual, lo que se evidencia en la pluralidad creciente de enfoques y formas de hacer historia como tal. Como todo campo intelectual, está atravesado por las tensiones propias de la coexistencia de diferentes tendencias conceptuales, metodológicas e ideológicas y por los cuestionamientos provenientes de otros campos intelectuales. En efecto, es evidente que junto a las prácticas historiográficas ya consolidadas, surgen “nuevas formas de hacer historia” (Burke, 1994) como la historiografía de género, la microhistoria, la historia oral, la historia cultural y las historias desde abajo.

También aumenta la demanda y oferta de conocimiento histórico, lo cual se expresa en el crecimiento de programas de formación de historiadores (a nivel de pregrado y de postgrado), en el aumento de libros, publicaciones periódicas y de divulgación de carácter histórico y en amplia convocatoria de los encuentros, seminarios y congresos de historiadores.

En cuanto a la historia como memoria, entendida como el cúmulo de representaciones de su pasado que los colectivos construyen para alimentar sus sentidos de vida individual y colectiva, nunca como hoy es tan evidente la preocupación por conjurar las vicisitudes del presente acudiendo al pasado común. En efecto, la percepción y conciencia de la aceleración del tiempo

histórico propio de la vida actual ha llevado a los hombres y mujeres contemporáneos a ver como cosa del pasado los acontecimientos y cambios que marcaron las décadas inmediatamente anteriores (los sesenta, los setenta, los ochenta, e incluso los noventa “pasaron a la historia”); así mismo, también genera la ansiedad de conferirle algún sentido a dicho dinamismo, del cual muchos no se sienten ajenos.

Ello se expresa tanto en la demanda de saber sobre el pasado (resuelta por vía de la literatura histórica y testimonial, las publicaciones seriadas, el cine y la TV), como en el afán de los sujetos actuales por revisar el propio pasado personal y colectivo y en producir historias compartidas a nivel institucional, local y regional. También se manifiesta en la proliferación de iniciativas “memoriosas” como los concursos de historia barrial, de crónicas y testimonio.

El conflicto social, su represión y la guerra, también han motivado este creciente interés por el pasado colectivo. Superadas situaciones adversas como las dictaduras y las guerras, la activación de los recuerdos, la lucha contra el olvido y la reivindicación del duelo como en el caso de las madres de la Plaza de Mayo en Argentina, la Campaña Nunca Más en Colombia, las asociaciones de familiares, hijos e hijas de los asesinados de la Unión Patriótica, las múltiples iniciativas artísticas, educativas culturales en torno a la memoria y la actual discusión sobre verdad, justicia y reparación de las víctimas de los actores armados y los falsos positivos.

En fin, lejos de considerar que la historia haya muerto, no sólo está viva sino que se hace más necesaria en el presente, cuando los promotores de la globalización neoliberal en su afán por destruir toda resistencia a la acumulación de capital, han emprendido una cruzada contra toda otra forma de racionalidad, subjetividad y pensamiento, diferentes o alternativos al hegemónico. Para imponer su “pensamiento único”, la elite intelectual al servicio del modelo dominante acude a anunciar apocalípticamente el fin de la historia, de las utopías, de las identidades y de las ideologías, a la vez que inculcan en todos los espacios de la vida colectiva las ideas y valores de la lógica mercado.

La persistente memoria colectiva

Uno de los elementos determinantes en la estructuración de las sociedades, movimientos e identidades sociales es la imagen y conocimiento que construyen de su pasado; para Florescano (1997: 10) “los pueblos han acudido al pasado para exorcizar el fluir corrosivo del tiempo sobre las relaciones humanas, para fundar solidaridades fundadas en orígenes comunes, para demarcar la posesión de sus territorios, para afirmar identidades construidas por tradiciones remotas o recientes, para respaldar reivindicaciones del presente, para darles sustento a sus iniciativas y proyectos disparados al futuro”.

En efecto, los colectivos sociales poseen un conjunto de estrategias, prácticas y dispositivos mediante los cuales actualizan y reelaboran su experiencias históricas, produciendo versiones del pasado que alimentan su comprensión del presente y definen el horizonte de futuros posibles. A esa producción y repertorio de recuerdos, narraciones, representaciones e imaginarios que un grupo social dispone sobre su pasado y en torno a los cuales alimenta su sentido de pertenencia y despliega sus acciones y relaciones cotidianas es lo que llamamos Memoria Colectiva.

Como productora de sentido, de experiencia y de pertenencia social, la memoria colectiva guarda una relación dialéctica de mutua confluencia con la cultura y con la identidad; las nutre a la vez que es actualizada por ellas. El conjunto de representaciones, símbolos, creencias y saberes que configuran la cultura es el resultado, entre otros factores, de la experiencia histórica compartida y de las estrategias que hayan desplegado para recuperarla y transmitirla. La identidad, como cultura internalizada que define las fronteras de lo propio y lo ajeno es, en buena medida, memoria colectiva actualizada.

La memoria colectiva no es simple almacenamiento y recuperación de información sobre el pasado, sino un proceso de construcción activa de significado sobre el pasado construido social y culturalmente, el cual opera a través de una dialéctica de recuerdo y el olvido; por tanto, la memoria colectiva es creativa y selectiva, más que informar sobre el pasado lo interpreta desde las lógicas culturales y los requerimientos de los sujetos del presente. Un ejemplo: para algunos

pueblos indígenas del suroccidente colombiano, el pasado no está atrás sino adelante; a diferencia del futuro, el pasado “puede verse” y acompaña y guía las bregas y luchas presentes;

La memoria colectiva no dice tanto sobre los acontecimientos pasados como del significado para sus protagonistas y la utilidad que le otorgan en el presente; “en los estudios sobre memoria popular lo importante no es hasta qué punto el recuerdo encaja exactamente con los fragmentos de una realidad pasada, sino por qué los actores históricos reconstruyen sus recuerdos de una cierta forma en un momento dado” (Maddleton y Edwards: 20). Por ejemplo en un estudio sobre historia de barrios populares en el siglo XX (Torres, 1994), en muchos testimonios se aseguraba que la fundación de sus asentamiento era posterior al 9 de abril de 1948, día del asesinato de Gaitán; sin embargo, los documentos oficiales y las escrituras de las urbanizaciones indicaban que su origen era anterior o posterior a dicha fecha; lo que importa aquí no es la exactitud de la información sino el significado de dicho hecho como clave interpretativa de los pobladores para identificar en un acontecimiento su incorporación a la vida urbana.

Así mismo, la memoria colectiva no se genera aisladamente sino en el contexto de conversaciones entre miembros de comunidades que a su vez forman parte de conjuntos sociales más amplios; en tal sentido, al carácter constructivo del recuerdo y el olvido hay que agregarle su carácter intersubjetivo y social: se recuerda hablando con otros, pero bajo la influencias de los conflictos e ideologías de las sociedades en las que se inscriben y que por tanto moldean sus versiones del pasado. “La lucha por la posesión e interpretación de la memoria está enraizada en el conflicto y la integración de intereses y valores sociales, políticos y culturales en el presente” (Maddlenton y Edwards, 1992: 21).

La memoria colectiva también posee un carácter práctico. Por un lado, orienta hábitos cotidianos y prácticas sociales de sus portadores y mantiene lazos de solidaridad y de lealtad mutua; por otro, estructura y da continuidad a los saberes, creencias, representaciones y valores que dan cohesión y sentido de pertenencia; es decir, garantiza alimentar la formación de una identidad colectiva que define las fronteras entre el “nosotros” y los “otros”. Finalmen-

te, como núcleo de la cultura y de la identidad, la memoria colectiva también alimenta el sentido de lo deseable y de lo posible; la representación de la experiencia pretérita condiciona en buena medida los alcances de las visiones de futuro del colectivo.

Esa potencialidad de la memoria colectiva para producir sentido, construir identidad, actuar sobre el presente y modificar el futuro, ha hecho que su control se haya convertido en una preocupación para quienes detentan el poder; así mismo, los agentes sociales que se ubican en oposición y lucha contra quienes detectan el poder, también “usan” el pasado, colocando en la esfera pública otros sentidos del mismo (Jelin, 2002: 39). Por ello, la memoria colectiva puede ser vista como un campo de conflicto que expresa y alimenta las tensiones sociales, culturales y políticas presentes en una sociedad.

De la historia como memoria oficial a la re construcción colectiva de la memoria

El reconocimiento del pasado como terreno estratégico de la dominación llevó a que, desde tiempos inmemoriales, quienes han detentado el poder político (faraones, reyes, sátrapas, emperadores, dictadores y gobiernos) hayan buscado asegurar el control de la memoria colectiva de sus súbditos. A través de mitologías, cantos épicos y crónicas, pero también a través de la arquitectura, la iconografía, la monumentaria, las toponimias, los calendarios, las liturgias y los actos conmemorativos se produjeron versiones del pasado a la medida de los intereses de los dominadores.

Con el surgimiento de los estados modernos, surgió una historia oficial que a pesar de presentarse a sí misma como objetiva y verdadera no era más que la proyección en el pasado de unidades políticas imaginadas desde el presente (Anderson 1997); genealogías justificadoras de los poderes presentes, al igual que las historias antiguas y medievales, las historias nacionales se centraron en los acontecimientos políticos, militares y diplomáticos que definían el nacimiento y la consolidación de los estados nacionales. Obviamente, era una historia las élites dominantes, que eliminaba o subordinaba la presencia de otros actores subalternos. Dicha historia oficial trascendió el ámbito de la producción historiográfica: a través de la escuela, los

textos escolares, las celebraciones patrias, los museos y los monumentos públicos, han buscado calar en la memoria de la población.

La historia como disciplina científica contemporánea se conformó a lo largo del siglo XX en crítica a la historia de bronce o heroica descrita. La influencia del marxismo y de otras ciencias sociales llevó a que la historia ampliara su objeto de estudio y sus referentes conceptuales y metodológicos. En efecto, su campo de interés involucró la economía, las estructuras sociales y demográficas, las mentalidades e imaginarios colectivos, la vida cotidiana, la educación, la ciencia y de la técnica; también se amplió su escala de tiempo, privilegiando la larga duración por sobre las coyunturas y acontecimientos históricos; en consecuencia el uso de las fuentes se amplió y se incorporaron técnicas de análisis de datos como la estadística.

Aunque en sus inicios (décadas del treinta y cuarenta en países centrales, segunda mitad del siglo XX en América Latina), la Nueva Historia constituyó una revolución epistemológica, tanto allá como acá, pronto fue institucionalizándose como profesión, como campo académico y forma de escritura (De Certeau, 1993). Tal institucionalización de la disciplina histórica no rompió su funcionalidad con el poder. Desde una supuesta objetividad y neutralidad, la historia académica asumió la responsabilidad de producir las versiones del pasado que demandaban el Estado: la conformación de las economías, los estados, las sociedades y las culturas nacionales, regionales y mundiales, donde el determinismo de las estructuras conducía presentes sin alternativas.

Al dar prioridad al análisis estructural y a la larga duración, el protagonismo de los sujetos sociales se desvanece. Los sectores populares aparecen como series económicas y demográfica; atrapados en las estructuras económicas, sociales y culturales, los sujetos individuales y colectivos no se les reconoce su carácter de actor histórico y su capacidad de transformación. Así, el conformismo histórico adquiere nuevo rostro: si antes la historia la hacía la élite, ahora está determinada por la fuerza invisible de las estructuras.

El contexto histórico de reactivación de movimientos, luchas sociales y políticas dentro de los países centrales y periféricos incidió en que algunos historiadores comprometidos con las mismas, buscaron reivindicar y hacer visible el papel de los sectores subalternos. Así, tanto en Europa como en el resto del mundo se ha trabajado en la historia de la clase y el movimiento obrero, de los campesinos, de los indígenas y africanos, así como de los movimientos políticos disidentes. A esta “historia de los de abajo” (Burke, 2002) se ha sumado el interés de otros historiadores por las culturas populares y las mentalidades colectivas; así, historiadores como Le Goff, Duby, Aries, Chartier, Ginzburg y Burke, han mostrado la riqueza de las mentalidades, los imaginarios y las representaciones colectivas de las mayorías sociales de otras épocas, así como de sus intrincadas relaciones con las ideologías y culturas dominantes.

La influencia de estas dos corrientes historiográficas en países del Tercer Mundo ha posibilitado hacer visible el protagonismo de los nativos, los campesinos, las mujeres y otros sectores sociales subalternizados por el discurso hegemónico. En la India se destaca el trabajo de los historiadores organizados en torno a la revista *Subaltern Studies*, liderada por Ranajit Guha (Zermeño 1999) y que puso en sospecha no sólo las historias coloniales sino la manera misma de escribir la historia en occidente. En América Latina y en particular en Colombia la historiografía social de lo popular también ha buscado aportar en la comprensión de las luchas y los movimientos sociales actuales.

Salvo en la History Workshop, en los demás estudios históricos sobre lo popular, la labor de escribir la historia de los subalternos ha sido asumida por los propios historiadores profesionales, los cuales pese a su simpatía con sus luchas e iniciativas, no dejan de representarlos como objeto de conocimiento. Sin duda, sus estudios han contribuido a valorar y a reconocer la riqueza de su acción y su cultura y a generar toda una perspectiva para ver la historia en su conjunto, pero no necesariamente a potenciar los sujetos y movimientos populares contemporáneos, ni la memoria colectiva de sus protagonistas.

Es desde esta preocupación de superar las dicotomías entre sujeto y objeto de investigación social, entre conocimiento y acción y entre conocimiento académico y saberes populares, que

surgió la investigación Acción Participativa y la recuperación colectiva de la Historia; dichas propuestas investigativas involucran a los propios actores populares como sujetos de conocimiento y hacen del conocimiento una herramienta de comprensión y transformación de la realidad, mediante los principios de la participación y de la potenciación de la identidad y el poder de los colectivos sociales (Fals, 1985; Cendales, Peresson y Torres, 1990).

Reconocidas las limitaciones de los intentos de “representar la historia de los subalternos” desde la historia como disciplina, en nuestra experiencia hemos buscado re-crear otras modalidades de producción de saber histórico que no sólo se nutran de la memoria colectiva como “fuente”, sino que reconozcan en ella un “lugar” cultural y metodológico desde el cual interpretar las historias locales y de experiencias organizativas. Al involucrar a la gente común y corriente en la producción de conocimiento histórico sobre sus experiencias pasadas, se les está potenciando como sujetos de conocimiento y contribuyendo a reactivar sus vínculos y sentidos de pertenencia social.

La reconstrucción colectiva de la memoria de las organizaciones populares

Esta propuesta investigativa, que denominamos reconstrucción colectiva de la memoria ha tenido como espacio privilegiado a las experiencias de organización y lucha social. En efecto, la reconstrucción participativa del saber sobre el pasado cobra pleno sentido en el contexto de procesos de construcción de alternativas a las condiciones y situaciones adversas u oprobiosas de los sectores populares.

Nuestra experiencia dentro de esta modalidad ha tenido como protagonista privilegiado a las organizaciones populares, las cuales en algún momento de su trayectoria ven importante y deciden reconstruir su trayectoria o la historia del contexto o población con la que trabajan. Su interés, como el nuestro, no es académico en el sentido de generar conocimiento para alimentar una disciplina o campo intelectual, sino político y cultural: fortalecer la propia organización y sus proyectos, enriquecer y afianzar la memoria y la identidad colectivas.

En nuestro caso se suma la intención señalada a comienzos del artículo: el interés por comprender las lógicas y mecanismos a través de los cuales en ciertos momentos y circunstancias históricas emergen prácticas, vínculos y subjetividades que no se someten a la racionalidad e ideologías dominantes y anuncian la posibilidad de la novedad histórica a una escala mayor. Es ese poder instituyente del imaginario radical, planteado por Castoriadis (1989), capaz de dar origen a formas inéditas de organización y conciencia y vida social, así como su capacidad de sostenibilidad y expansibilidad en el tiempo.

Desde hace unos años nos ha hemos interrogado acerca de aquellas experiencias de organización popular que han logrado vencer las vicisitudes y contingencias del contexto y de sus propios dinamismos y que, superan una y hasta dos décadas de existencia, manteniendo su autonomía y horizonte emancipador. En particular, un conjunto de organizaciones populares surgidas a finales de la década de los setenta y comienzos de la de los ochenta del siglo pasado y que en la actualidad gozan de un reconocimiento local e incluso institucional, por su trabajo comunitario, su opción política y su incidencia social y cultural.

Nos hemos preguntado, en concreto: cuáles condiciones hicieron posible su emergencia y su contenido emancipador, cuáles rasgos propios o circunstanciales, intencionales o no, garantizaron que fueran acogidas y tuvieran arraigo entre la población y, cómo, pese a las múltiples adversidades que deben enfrentar, lograron sobrevivir y crecer. Finalmente, cuáles singularidades en sus modos de pensar y actuar han permitido que mantengan su carácter crítico y alternativo al sistema dominante. Estos interrogantes – y otros - también se los plantean los dirigentes y animadores de organizaciones populares, por lo cual hemos confluído en la realización de varias investigaciones que buscan hacer memoria de sus propias trayectorias.

Ahí es donde ha cobrado vida y sentido nuestra propuesta metodológica de reconstrucción colectiva de la memoria. En ella se propicia la vinculación activa de los propios protagonistas de las experiencias organizativas, a la vez que fortalecer el potencial político de las mismas. En

cuanto a lo primero, desde la RCM tomamos distancia con cualquier pretensión de representar a las organizaciones o de “hablar por ellas”. Asumimos que nuestra labor como investigadores sociales es ser acompañantes e interlocutores de las organizaciones que deciden producir un conocimiento sistemático sobre el mismo. En los casos en los que he participado, los proyectos han sido el resultado de una negociación permanente en torno a los sentidos, quehaceres y usos de la investigación.

En cuanto al propósito de fortalecer las propias orientaciones e incidencia de las organizaciones, las estrategias metodológicas asumidas son coherentes con los propios estilos de las organizaciones (construcción colectiva de decisiones y conocimiento, partir de sus intereses y motivaciones, fortalecimiento de los tejidos sociales e identidades locales, etc.).

Criterios metodológicos y aprendizajes colectivos

La propuesta metodológica de la RCM se define no tanto por el establecimiento de un diseño formal o unos pasos lineales, sino por el compartir su sentido crítico y emancipador, así como unos criterios que la orientan. A continuación esbozamos algunos de éstos, referidos al campo de las experiencias organizativas populares:

- La reconstrucción colectiva de la memoria de la organización es una decisión voluntaria de sus integrantes. Independientemente de que la iniciativa provenga de las organizaciones o de un agente externo, realizar la RCM es un acto político que exigirá tiempos y energías y que por tanto, requiere claridad en el sentido y potenciales aportes del ejercicio investigativo.
- Las organizaciones reconstruyen colectivamente su memoria desde sus preguntas presentes. En efecto, el punto de partida es siempre analizar cuál es el momento histórico actual de la experiencia, las preguntas que se está haciendo y las opciones de futuro que se plantea. La confluencia de esas preocupaciones presentes, define los interrogantes o ejes temáticos que organizan la reconstrucción.

- La RCM requiere la conformación de un sujeto de investigación colectivo. Una vez definida las razones y las problemáticas que van a articular la reconstrucción histórica, es necesario conformar un equipo responsable de la misma en la que el asesor puede o no formar parte del mismo. La organización debe garantizarle las condiciones y los recursos para llevarlo a cabo. Participación en investigación no significa que todos hagan de todo, sino que el colectivo sea quien tome las decisiones más importantes del proceso investigativo, así las acciones operativas no sean asumidas por todos.
- La RCM implica un proceso permanente de autoformación del equipo. Es garantía de que la investigación sea participativa en la adquisición por parte de sus integrantes, de las capacidades investigativas básicas, así como sobre las temáticas y problemáticas que irán apareciendo a lo largo del proceso de RCM. Los talleres y la reflexión permanente sobre la práctica son los medios más comunes de formación, en torno a temas como las técnicas y los dispositivos de activación de memoria, la organización y el análisis de los relatos y la información, la interpretación y escritura de los resultados.
- Como proyecto investigativo y cultural, toda RMC requiere planificación. El equipo responsable, con base en los acuerdos del colectivo, elabora un Plan de Trabajo que servirá como guía para la acción, no como camisa de fuerza ni como rígido itinerario a seguir al pie de la letra. Allí debe precisarse la justificación, las preguntas, las fuentes y técnicas de recolección, así como los procedimientos de análisis, interpretación y socialización; también deben quedar claras las responsabilidades, los tiempos y los recursos para su realización.
- La RCM amplía la noción de fuente. La memoria de un colectivo se encuentra no sólo en los recuerdos individuales, sino que también está en todas las huellas que el pasado deja en la estructura física del territorio y edificaciones, en los muebles y objetos (utensilios, ropa, juguetes, electrodomésticos...), en las fotografías y otros registros visuales, en materiales escritos (actas, archivos, recortes de prensa, recibos y facturas...), en las

manifestaciones estéticas (danzas, música, canto) y en los usos y en las costumbres que permanecen (fiestas, tradiciones, ritos, juegos).

- En consecuencia, las estrategias y técnicas de activación de memoria son diversas. A la ya clásica entrevista a profundidad, en nuestros trabajos se promueve la realización de historias de vida, de museos y recorridos del recuerdo, la consulta a los archivos y de talleres donde confluyen diferentes dispositivos de activación de memoria (Cendales y Torres, 2001). Ha sido de especial utilidad para periodizar, la realización de líneas de vida de las organizaciones, ya sea a partir de una entrevista columna o de la evocación grupal de los hitos más significativos de la historia de la organización.
- Los dispositivos de activación de memoria no son sólo técnicas de recolección de información. Los “dispositivos” de activación de memoria también buscan reconstruir los vínculos sociales y las identidades colectivas. Algunos de estas técnicas activadoras de memoria que hemos empleado son: las tertulias, los museos comunitarios, los paseos del recuerdo, las audiciones de música del ayer, los festivales y bazares de la memoria, las jornadas de expresión artística, entre otros.
- Los relatos producidos se analizan de diferentes maneras. En la medida que la información se va recolectando debe irse organizando según el modelo de análisis definido por las preguntas y categorías iniciales y/o con base en las especificidades y riqueza de los propios relatos. Caben todas las posibilidades de categorización, relación, periodización, elaboración de tipologías y redes semánticas, a través de procedimientos analíticos sencillos como las matrices y los árboles conceptuales, procurando que además del equipo responsable se involucren otras personas del grupo.
- La RCM debe producir reconocer los sentidos que configuran la historia de la organización y producción de nuevas lecturas de la misma. Uno de los mayores problemas en una RCM es la interpretación, entendida como la atribución de sentido a la información hallada y dispuesta en el análisis. Para una buena interpretación es

necesario acudir, tanto a las interpretaciones que hace la gente desde su experiencia, como a los aportes provenientes del conocimiento elaborado en ámbitos académicos. Más aún, hay que crear puentes de comunicación, de confluencia entre unas y otras hasta construir un marco interpretativo apropiado a la especificidad e historicidad de la experiencia que se está reconstruyendo.

- La síntesis de los resultados puede comunicarse de diferentes modos. Una vez hecha la interpretación y la síntesis correspondiente, es necesario decidir de qué manera van a socializarse, a comunicarse los resultados finales del trabajo. Como no se trata de un estudio hecho en un marco académico dirigido a académicos (aunque no se excluye esta posibilidad), es de vital importancia acordar la estrategia pedagógica de divulgación y discusión, de acuerdo a las particularidades de a quienes va dirigida. En nuestra trayectoria hemos producido desde libros y cartillas, hasta videos, programas radiales, mapas, fotonovelas, eventos culturales y puestas en escena.*

***En el marco del Seminario Internacional Itinerante "Diálogos, desafíos y abordajes de la Memoria Histórica en Colombia" de InWEnt en Bogotá, el 13 de Mayo del 2010.**

Bibliografía

Bobbio Norberto (1992). El futuro de la democracia. FCE, México

_____ (1996). El filósofo y la política. Antología preparada por José Fernández. FCE, México

Bolos Silvia (1999). La constitución de actores sociales y la política. Plaza y Valdés, México DF

Burke Peter (1994). Nuevas formas de hacer historia. Alianza, Madrid

Cadena Roa Jorge (1999). "Acción colectiva y creación de alternativas". En: Chiapas # 7 (versión en Internet)

Castells Manuel (1986). La ciudad y las masas. Alianza Universidad, Madrid

Castoriadis (1989), La constitución imaginaria de la sociedad. Vol. 2: El imaginario social y la institución. Tusquets, Buenos Aires

Cendales Lola, Mario Persson y Alfonso Torres. Los otros también cuentan. Elementos para una recuperación colectiva de la historia. Dimensión Educativa Bogotá 1990 y 1992

Cendales Lola y Torres Alfonso (2001). "Recordar es vivir. Algunas técnicas para reactivar la memoria colectiva". En: Aportes # 56, Dimensión Educativa, Bogotá

Colectivo de Dimensión Educativa. Aportes # 30: Materiales para una historia popular. Bogotá 1991

Cerroni Humberto (1991). Reglas y valores de la democracia. México, Alianza

Dagnino Evelina (2001). "Cultura, ciudadanía y democracia: los discursos y prácticas cambiantes de la izquierda latinoamericana". En: ESCOBAR et al. Política cultural y cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos. Taurus - ICANH, Bogotá

De Certeau Michel (1993). La escritura de la historia. UIA, México DF 1993

Fals Borda Orlando (1972). Ciencia propia y colonialismo intelectual. Punta de lanza, Bogotá

_____ (1984). El problema de cómo investigar la realidad para transformarla. Tercer Mundo, Bogotá

_____ (1985). Poder y conocimiento. Siglo XXI, México

_____ y Anisur (1991). Acción y conocimiento. CINEP. Bogotá

Gnecco Carlos y Martha Zambrano. Memorias hegemónicas, memorias disidentes. ICANH, Bogotá 2000

Maddleton, David y Edwards, Derek (1992). Memoria compartida. Paidós, Barcelona

Rivera Silvia y Rossana Barragán (Compiladoras). Debates postcoloniales: una introducción a los estudios de subalternidad. Coordinadora de Historia - Sefhis - Thoa. La Paz Bolivia 1997

Ruiz Eduardo (1998). Crisis, descomposición y neo-oligarquización del sistema político. UNAM, México

Samuel Raphael. Historia popular y teoría socialista. Crítica Grijabo, Barcelona 1984

Santos Boaventura de Sousa (1998). De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la posmodernidad. Siglo del Hombre – Universidad de los Andes, Bogotá

Ruiz Eduardo (1998). Crisis, descomposición y neo-oligarquización del sistema político. UNAM, México (fotocopiado)

Sader Eder (1988). Quando novos personagens entraram em cena. Paz e terra. Río de Janeiro

Thompson Edward (1981). Tradición, revuelta y conciencia de clase. Grijalbo, Barcelona
_____ (1984). Miseria de la teoría. Editorial Crítica Grijalbo, Barcelona. 1984

Torres Alfonso. Iniciación a la investigación histórica. Usta. Bogotá 1993

_____. “Recuperando la historia desde abajo. Enfoque y cuestiones metodológicas”. En Cuadernos de Filosofía latinoamericana # 60. USTA Bogotá 1994

_____ (2007). Identidad y política de la acción colectiva. Universidad pedagógica Nacional, Bogotá

Zemelman Hugo (1987b). Conocimiento y sujetos sociales. Contribución al estudio del presente. Jornadas 111, El Colegio de México, México DF

_____. (1990). Cultura y política en América Latina. Siglo XXI y Universidad de las Naciones Unidas, México

_____ (1992). De la historia a la política. Siglo XXI - Universidad de las Naciones Unidas, México DF

_____ (1995). “La democracia latinoamericana ¿Un orden justo y libre? En: Estudios Latinoamericanos, Nueva Época. Año II # 4. México

Zermeño Guillermo. “Condición de subalternidad, condición postmoderna y saber histórico: ‘¿Hacia una nueva forma de escritura de la historia?’”. En: Historia y grafía # 12. UIA, México DF 1999